La Peña. El Toro de la Vega (Capñitulo 11 de HOCES Y TRILLOS

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 11 de HOCES Y TRILLOS- **La Peña. El Toro de la Vega.**

Fue en esa Peña de 1953 en que Pedro pudo organizar su primera y última limonada con su panda: Toda una aventura de principio a final.

- Tlan, tlan, tlan, tlan, tlan…. –resonaba por cada rincón.
- ¡El reloj suelto!
- Deprisa, que vamos a llegar tarde.
- Venga, Vero. Vamos ya, que siempre nos haces esperar.

Era la potente campana del reloj de la parroquia de Santa María, en lo alto de la torre, la que aún marca las horas y se escucha hasta en pleno campo. Pero, en casos excepcionales, como emergencias o grandes ocasiones, "se la suelta"; o sea, se desengancha del mecanismo del gran reloj. Entonces, el badajo golpea la campana sin cesar y a un ritmo trepidante, creando un clima de alerta, de premura, casi de histerismo. Una vez vuelto a enganchar ambos mecanismos, vuelve dócil a obedecer las órdenes del reloj con ejemplar puntualidad.

Aún hoy día, oír el reloj suelto dispara una especie de reflejo impreso en la memoria de los tordesillanos, urgiéndoles a la acción. Entonces no avisaba de ningún peligro, sino de la gran fiesta y jolgorio del año: Todo se aceleraba para echarse a la calle.

Terminados los trabajos más duros del campo, tanto los labradores que habían vendido o almacenado sus cosechas, como los jornaleros tras cobrar sus salarios, se juntaban ahora para disfrutar de las fiestas de La Virgen de La Guía, patrona de la villa, y La Virgen de La Peña. La Guía se celebra cada año el ocho de septiembre. La Peña, sin embargo, es móvil, según el calendario, y se celebra al domingo siguiente, con la romería a la ermita de la Virgen de La Peña, patrona de la villa y tierras. Así, ese domingo después del ocho se septiembre de 1953 caía el día trece.

Gran misa cantada el día de la Virgen de la Guía, emocionante sermón, procesión, baile... Era sólo el preludio; porque la "fiesta total", comenzaba oficialmente con el Sábado de Faroles, víspera de la La Peña. A partir de ahí, el programa ya no permite respiro. Meses antes, y las peñas han estado construyendo su farol, a cual más original, artístico o espectacular para optar a los premios que otorga el ayuntamiento, según el fallo de un jurado nombrado al efecto. Pero, tras ese acto oficial en la plaza, todos desfilaban por el pueblo cantando, bailando y bebiendo detrás de su farol,

precedido por su charanga, hasta altas horas de la madrugada.

Así pues, entre La Guía y La Peña, quedaban tres días laborables, o medio laborables porque, aunque trabajaran, sus mentes ya estaban en fiesta.

- ¿Dónde vais a poner la limonada este año, Samuel? –le preguntó Rosalía.

- En la panera, como siempre. Ya tenemos preparado el tonel pequeño y mañana nos juntamos todos los de la panda para escotar. Ya podrás probarla, ¿verdad?
- ¡Oh sí!, aunque solo un poquito… A ver si os sale tan buena como la del año pasado.
- Mejor, no lo dudes.
- Pues, este año, mis amigos y yo haremos también nuestra limonada –soltó Pedro como la cosa más natural del mundo, cuando Samuel ya salía.
- ¡Córcholis, qué farruco el chaval éste! ¿Y con qué dinerín, Pedrín, monín?

- Pues con el nuestro, Lía; que ya llevamos tres meses ahorrando las pagas, más lo que nos deis los que vengáis a probarla.

- ¡Míralos; ma que sois listos! ¿o sea, que queréis cobrarnos por probar vuestra limonada? –rio socarrona; habrase visto…
- No, a vosotras no. Sólo a los que vengan de fuera de la panda o de la familia.
- Ah, seguro que harán cola… -volvió a burlarse- ¿cuánto vais a cobrar?
- No, nada, sólo la voluntad –contestó avergonzado.
- Pues ya pasaremos a probarla, al menos Nardo y yo. ¿Dónde la pondréis?
- Pensábamos aquí, junto al lagar.
- Buen sitio, sí señor; ¿y mi padre ya te dio permiso?
- No, no me atrevo a pedirlo. Se lo pediremos todos los de la panda; así entre todos…
- Pues no sé si os va a dejar. Al fin y al cabo, tú no has cumplido ni los diez años.
- Ya los hago el mes que viene; y entre mis amigos los hay hasta con doce.
- ¿Quiénes son los de tu panda? –preguntó Victoria, atraída por la conversación.
- Pues Merlo, que traerá una tinaja de su casa para la limonada; y Chucero y Pecina y Berzo y Piñero y algún otro. Pero la haremos flojita, con mucha gaseosa, agua y limón… -se sintió obligado a aclarar para contar con su aprobación-. Pero no le digáis nada a mi padre. Queremos pedírselo entre todos.
- ¿Pecina, Berzo Chucero, Piñero…? ¿les conocéis vosotras? –preguntó Rosalía a sus hermanas, que también se había acercado dispuesta a tomarle el pelo a su hermano.

- Yo no -reconoció Victoria.
- Yo sí -dijo Verónica-. Son los que convidas a merendar ¿verdad?
- Ha sido sólo un par de veces y solo a uno…
- Pues a ver si esta noche nos los presentas en el baile de la plaza.
- Bueno, si os veo solas..., que estaréis bailando con vuestros novios.
- Ja, ja, muchos novios tengo yo –rio Verónica, porque Victoria sí que tenía.
- Bueno, ya os los presentaré; pero ahora me voy, que me andarán buscando.

Sí, había que espabilar. Sólo les quedaban tres días para que el viernes estuviera todo listo. Y faltaba todo por hacer, empezando por el permiso; luego había que comprar los ingredientes y hacerla para que pareciera buena... Mejor empezar por el permiso, porque todos habían convenido que el mejor sitio era allí junto el lagar, por estar en el centro del pueblo. Sólo que Pedro era de los más pequeños, ¿se lo permitirían sus padres? ¿y allí?

La panda se reunió junto al lagar media hora más tarde, menos Piñero que tenía algo que hacer en su casa, o no se atrevió. Allí consensuaron la mejor manera de solicitar el permiso. Había que armarse de valor porque, les decía Pedro, "mi padre es temible si se enfada; pero, por las buenas, es un trozo de pan, comprensivo y divertido. Le pediré que baje, a ver si hay suerte". Sabía qué decirle para que bajara; pero se le adelantó su padre.

- Hombre, mira, hablando del rey de Roma por la puerta asoma. Oye, mañana tienes que ir a la finca a decirle a Claudio que tiene que traer el carro nuevo para la romería de La Peña. Tendrá que traer algunas cosas más que ya te diré mañana.
Sí, sí, iré temprano... Porque, es que eh…, mis amigos y yo nos estamos preparando para La Peña, y… bueno, están abajo, y quieren pedirle un favor…, y si quiere bajar un momento conmigo…
- ¿A pedirme un favor? entonces habrá que bajar a ver qué estáis tramando.
- Sí, claro. Están abajo junto al lagar.

- ¿Y de qué va tanto misterio? –preguntó divertido mientras bajaban de la cocina al corral.
- Es que queremos… -empezó, pero no siguió-; bueno, es que como es de todos, ya se lo pediremos juntos –evidentemente necesitaba el apoyo de los otros.
- Hola caballeretes –les dijo sonriente al encontrar al grupo.
- Hola, don Camilo –contestaron casi a coro.
- ¿Qué es eso tan secreto que andáis maquinando y que Pedrín no me quiere decir?
- No, nada… Es que este año nos gustaría… o sea, bueno… es que toda la

panda queremos hacer nuestra primera limonada para La Peña.

Era Chucero el que hacía de portavoz. Fue un acierto porque apenas se cortó, y con su corpulencia aparentaba más edad. Además, le caía bien a Camilo porque sabía que se había puesto del lado de Pedro ante algunos rivales como el tal Matagallos y su pandilla.

- Caramba, vaya, vaya… O sea que ya os creéis unos hombres hechos y derechos. ¿Tú cuántos años tienes?
- Ya voy para 12.
- ¿Y tus padres te dejan?
- Sí, sí, ya se lo he preguntado.
- ¿Y qué te contestaron?
- Pues que…, como los mayores me van a dar de todos modos… si la hacemos bien flojita…
- Sí señor, en eso tienen razón. Pero los padres de los demás tienen que estar también de acuerdo... Si es así, yo no tengo inconveniente. ¿Dónde la vais a poner?
- Aquí mismo, padre, si nos deja –ahora Pedro ya lo daba por concedido y siguió-: Merlo traerá una tinaja grande que tiene y aquí estamos en el centro del pueblo.
- Tú ya sabes que Samu la hace con su panda en la panera.
- Sí, pero son entradas diferentes y nosotros no nos quedaremos aquí hasta las tantas como ellos. No molestaremos a nadie.
- No sé qué dirá tu madre.
- Dígaselo usted y que no molestaremos nada de nada.

Hecho: Aunque aún no tenían el sí, lo daba por concedido. Se levantó temprano y buscó a su padre para pedirle los recados para el señor Claudio. Tenían tanto que hacer…

- Vamos a ver, no sé si me tendré que arrepentir… -Pedro sintió un sobresalto y temió un cambio de opinión sobre la limonada-, ¿tú te atreves a traer la leche en la bicicleta?
- Claro que sí. Volveré despacio y con mucho cuidado; pero sí que puedo; ya he guiado alguna vez la bici con las lecheras llenas y sí que puedo. –"No faltaría más", pensaba aliviado; aunque tuviera que venir empujando la bici todo el camino.
- Es que tus hermanos están ayudando a tu madre preparando las pastas y demás. Tendrás que subir desde el puente, empujando la bicicleta; pero Tori estará por El Palacio y te ayudará por el empedrado si hace falta.
- No, que no hace falta, que yo ya puedo… -Claro que podría: "un hombre hecho y derecho, que iba a hacer su propia limonada…", pensaba.
- Así me gusta. Bueno, dile a Claudio de mi parte que el viernes por la tarde tiene que traer el carro nuevo para la romería. Que lo traiga bien limpio, con Niño y Lucero con las guarniciones nuevas. Que cargue alfalfa para seis días y que traiga en una jaula los diez conejos más grandes y otros tantos pollos y gallinas. También melones y de todo lo que quede del

huerto.

- No sé si me acordaré de todo.
- Pues escríbelo, que bien listo eres cuando quieres.

"¡Claro, la romería de La Peña…! es miércoles y todos tenemos tantas cosas que preparar", repasaba. Para aquel día, los mismos carros de labranza se pintaban, engalanaban y se enjaezaban los caballos para rivalizar en elegancia en el concurso de carrozas.

Cuando llegó a la finca y le transmitió al señor Claudio las instrucciones de su padre se quedó petrificado ante su reacción:

- Me cague'n la madre que les parió a todos. Nosotros aquí trabajando y los señoritos de fiesta y de romería…; y que les limpie el carro y que se lo lleve; ni que fueran marqueses. A ver si no tenemos derecho nosotros a irnos también de fiesta –y fue hacia las cuadras maldiciendo y jurando en voz alta como nunca lo hubiera imaginado.

Le subió una vaharada del estómago a la garganta, mezcla de miedo e indignación. "Jobar… si esto lo oyera mi padre se pondría furioso; igual cogía la escopeta y les echaba de la finca en el acto", pensaba tembloroso. Él siempre notó una gran confianza y camaradería entre los dos. No entendía nada, ni le parecía justo: Ellos habían venido buscando casa y trabajo; ahora lo tenían y se les trataba como si fueran de la familia...

Con la bicicleta apoyada contra las conejeras, cargó las lecheras que trajo de la fresquera y pidió los huevos a una Aurelia extrañamente antipática. "¿Que habrá podido pasar?, al despedirse días antes todo parecían alegrías", le daba vueltas a la cabeza... Ató la cesta de los huevos al soporte y montó pisando con fuerza el pedal derecho haciendo equilibrios al arrancar. Se limitó a decir adiós, sin ni hacer caso a Leona que le siguió hasta la linde de la finca, visiblemente afectada por los malos humores que llegaban a sus sentidos.

Pedro siguió pedaleando desconcertado y dubitativo: "¿Se lo cuento a mi padre o no?", mejor me callo porque, si no, es capaz de venir y hacer una desgracia…" y al rato, "pero es que se ha cagado en la madre que nos parió a todos…, eso es demasiado: se lo tendré que decir"... Y así siguió, debatiendo el dilema, mientras esquivaba baches.

Cuando su padre le vio por casa, le preguntó sobre cómo iba todo por la finca. Pedro empezó a contarle tímidamente la reacción del señor Claudio. Para su sorpresa, le escuchó sin fruncir el ceño ni jurar ni estallar furioso como él temía.

- Es que se ha cagado en la madre que nos parió a todos –se creyó obligado a añadir, sorprendido ante tanta pasividad. -Pero su padre siguió

sin inmutarse, dirigiéndose a su madre como si nada.
- Van a venir los dos hijos de Rita y tu hermano Tosio; acaba de llegarnos su carta. Quizá venga también Lucía. ¿Cómo van las habitaciones de arriba?
- Bien. Las chicas están limpiando todo y encerando la madera. - En fiestas se nos llena la casa; pero todo saldrá bien, y las pastas están quedando riquísimas.
- ¿Y Dori?, no la veo por ninguna parte.
- Está con Cloti. Hay tanto trabajo por aquí que la llevamos allí esta mañana. Quería ayudar pero sólo podría estorbar; y a Cloti le gusta jugar con ella.

Pedro se sintió casi decepcionado, sin la reacción iracunda que temía de su padre. Sin nadie más a quien contárselo, se lo dijo a su abuela que zurcía calcetines en el corral. Esta vez no intentó atenuar la enorme afrenta familiar, más bien lo contrario.

- Hijo, qué quieres. Es que la vida del campo es muy arrastrada. A los animales no se les puede dejar ni un solo día, haya fiesta o entierro.
- Pero es que se ha cagado en la madre que nos parió a todos…
- ¿Sí?, eso suena feo pero no daña a nadie: es un desahogo; también a ellos les gustaría venirse de romería, pero es que no puede ser.
- ¿Sabe abuela? –cambió de tema, agotado lo de la afrenta familiar-. Voy a hacer limonada con mis amigos aquí.
- ¡Quia!, pero si todavía no eres más que un rapaz… ¿y tus padres te dejan?
- Sí, es que en La Peña todo el mundo lo hace.
- Mientras no os haga daño…
- No, que la haremos flojita. Ya se la daré a probar; y si quiere bajar al lagar podrá cantar y bailar con nosotros.
- Claro hombre, con mis muletas se baila de maravilla y se dan pisotones de miedo…
- Ya esquivaremos sus muletas, pero está invitada ¿eh? Ahora voy con mis amigos.

La limonada con tu panda tenía como un sentido iniciático. El brebaje en sí era secundario. Pondrían poco vino; y no tanto por cuidar su salud, sino porque el agua y la gaseosa eran mucho más baratas. Pero el hecho de llenar la bota y alardear por la plaza, dándoselas de mayores e invitar a otros chavales, era un placer muy superior al efecto euforizante que pudiera tener. Además, siempre había algunas chicas que empezaban a fijarse en los chicos, sobre todo si les ofrecían limonada que era cosa de hombres.

El viernes por la mañana ya habían dado por buena lo que hubiera que llamarse aquella pócima que, calcularon escasa para tantos días de fiesta. También habían tendido cuerdas entre las vigas de las que colgaron papeles de colores y también trajeron ramas de chopo y negrillo de la

ribera para darle un ambiente más fresco y festivo. Se sentían orgullosos y hacían pasar por allí a todos los que se dejaban convencer. Desde luego bajaron los padres y los hermanos de Pedro. Lo aprobaron por unanimidad y pasaron un buen rato bromeando, cantando y riendo con aquellos aprendices de mayores.

- Hay que ver qué simpáticos son tus padres –le decían- y qué guapas tus hermanas…
- Sí, sí que lo son; y mis padres, si están de buenas son muy alegres y chistosos.

El Sábado de Faroles, ya jugaban a presumir, dando a probar de su bota que pocos rechazaban, curiosos y sorprendidos viniendo de ellos.

- Tendremos que ir con cuidado, que se nos terminará antes de fin de las fiestas, -se repitieron preocupados, viendo cómo bajaba el nivel de la tinaja.
- ¿Y qué? –soltó Rufo, uno de los pequeños-, ya haremos más.
- Tú calla mocoso, que ni sabemos si tus padres te dejan.
- Que sí, a mí ya me dejan porque ya he cumplido nueve años.
- Pues que te den también perras para comprar más vino –le cortó Chucero.

Tras el Sábado de Faroles, la alborada del domingo sorprendió a muchos de juerga para empalmar con la multitudinaria romería a la ermita de la Virgen de La Peña.

- Tlan, tlan, tlan, tlan, tlan….
- Venga, deprisa, ya toca el reloj suelto. No vayamos a ser los últimos en llegar.
- Ya están los caballos enganchados–anunció Samuel.
- Vero, Tori, cerrad las cestas y llevadlas al carro. Nardo y - Samu, colocad los bancos y taburetes en el carro. –Era la señora Marta la que daba las órdenes, pendiente de cada detalle.

Sí, vuelta a las prisas y nerviosismo bajo el conjuro de la poderosa campana alocada. Todos sabían la hora de salida, pero cuántos no llegarían tarde, si no fuera por el reloj suelto, y se perderían el emocionante sermón en loor a la santa patrona, en el que el oficiante debía mencionar a Tordesillas no menos de diez veces, para ser dado por bueno.

Desde la suelta del reloj, a las nueve de la mañana y hasta las diez, el empedrado, el puente y la carretera de La Peña se convertía en un rio de gente a pie, en bicicletas, a caballo y, la mayoría, en alguno de los carros que adornarían a la vuelta con flores y ramas para concursar a la mejor

carroza. Había jurado y todo, y premios para las mejores.

A las doce en punto comenzaba la santa misa; y el que no hubiera cubierto a tiempo los cinco kilómetros, no sería bien visto por muchos de sus vecinos, parientes y amigos. Desde luego, la ermita se llenaba de bote en bote desde una hora antes; los demás devotos se tenían que contentar con apretujarse de pie, dentro y en la explanada, más allá de las puertas, intentando captar algo de la misa y del sermón.

En los carros se apretujaban familias enteras, incluso con amigos colgando por los laterales o sentados en las varas del carro, mientras cantaban alegremente todo tipo de canciones, como ésta que nunca faltaba:

A la vin, a la van

a la vin bon va,

el carro de Camilo

el primero fue en llegar.

Y así, cambiando el nombre del propietario, todos se proclamaban los primeros, mientras arreaban a caballos, mulas, burros o a las propias piernas, por no llegar tarde.

Naturalmente, los primeros podían elegir su parcela en el prado para la comida. Bastaba tender allí tu mantel, las cestas encima y junto al carro.

La comida, por más que Marta intentara mantener cierto orden, siempre resultaba caótica, con chicos y chicas levantándose para ir a buscar moras o endrinos o perderse por la ribera, so pretexto de escoger adornos para colgar del carro a la vuelta. Era lo mismo alrededor de los demás manteles, disfrutando cada uno al aire y a su aire.

La riada del regreso resultaba todavía más alegre y divertida. “De la panza sale la danza”, proverbio popular al que todos querían hacer honor. Mozos y mozas bajaban de los carros para cantar y bailar por delante de los mismos, animándose unos a otros cantando, bailando y persiguiéndose por la carretera o la ribera. Entre las canciones escaseaban loas a la santa patrona; bien al contrario, abundaban las picaronas como si, una vez perdonados los pecados acumulados por la bondadosa patrona, todos se sintieran autorizados para cosechar algunos nuevos durante las fiestas. Así cantaban todos:

Carretera de La Peña,

Cuantas bragas habrás visto,

Cuantos pecados mortales,

Habrá perdonado Cristo…

Por allá cae una burra,

Más allá cayó un caballo,

Allá caen novio y novia

Mas ninguno se hizo daño…

Mas ninguno se hizo daño…

A menudo repetían y arreglaban los mismos versos, alternando mozos y mozas con réplicas y alusiones más o menos atrevidas. También se ensalzaba el precepto universal de pasarlo bien, por delante de cualquier otro deber durante esos pocos días:

Al subir el puente arriba

Lo primero que se ve

Son las ventanas abiertas

Y las camas por hacer.

Y otras muchas destinadas a enardecer a mozos y mozas para la juerga y excesos, casi todos excusables, durante esos días.

Aquella misma tarde tocaba el primer encierro. La fama la tienen los de Pamplona; pero encierros similares se han venido celebrando desde tiempo inmemorial en infinidad de pueblos y ciudades de toda España. Ni tan mediáticos ni tumultuosos, los de Tordesillas no tenían parangón. Desde El Palacio y las ventanas que constituyen el inmenso balcón sobre el Duero y su vega, se podía contemplar el avance de la manada desde el prado Zapardiel, unos cuatro kilómetros rio abajo. Subían pausadamente por una cañada, junto a pinares y rastrojos, hasta el arranque del puente. Aquella zona estaba atiborrada de mozos y mozas, alardeando de valor y temeridad. Pero, en cuanto se les veía acercar, los más precavidos ya corrían puente arriba.

Un primer cohete, disparado desde El Palacio, avisaba de que la manada estaba reunida en la explanada al pie del puente, lista para el encierro. Unos minutos más tarde, disparaban una bomba real, más cerca y más potente. A su conjuro, los mozos rompían a correr, inclinados puente

arriba como las mieses empujadas por el viento; detrás venía la estampida de las reses: Había comenzado el encierro, con adrenalina a raudales entre corredores y espectadores por todo el largo recorrido.

La avalancha de mozos desembocaba en la plaza mayor. Allí se abría en abanico, empujada por los toros indecisos si embestir y a quién. Eso salvaba a muchos. Pero, una vez cerrada la puerta de acceso, había mozos que se lanzaban al ruedo para alardear de valentía y habilidad cortando a los toros y arriesgando más cada vez. Por suerte, la pericia de los cabestros envolvía a la manada y la conducía hacia el toril sin incidencias la mayoría de las veces.

Pero los mozos ya estaban lanzados y pedían más fiesta y más emociones; y las tendrían: sonaba el clarín y soltaban la primera de las vaquillas que, al contrario que los toros, sí sabía a quién embestir, experimentadas por otros muchos festejos de otras plazas.

Los toros de lidia, no podían haber sido toreados previamente para que no salieran "resabiados" y embistieran al torero en vez de al capote o la muleta. Las vaquillas "sabían latín", como se solía decir, y embestían al cuerpo. Se diría que olían los más torpes o más bebidos para embestir y revolcarles sin piedad. Eran más pequeñas y menos fuertes que los toros; por eso no eran tan peligrosas y, en caso de cogida, otros mozos se les cruzaban y las distraían y, dado el caso, la agarraban por el rabo y los cuernos y llegaban a dominarla, lo justo para dejar escapar a su víctima.

Para muchos, las vaquillas eran la parte más lúdica y divertida de las fiestas taurinas. No se maltrataba al animal; más bien al contrario, solían ser los mozos los que sufrían revolcones, desgarrones y heridas de mayor o menor consideración.

También soltaban terneras, poco mayores que cabras, para los niños; y, algo mayores, para las mujeres: era emoción, diversión y carcajadas aseguradas.

Por la tarde, tenía lugar la novillada, con novilleros vestidos de luces y toda la parafernalia, menos los picadores, que sólo salían para toros de mayor peso y edad. La plaza estaba siempre abarrotada. La familia de Pedro tenía alquilado un palo entre dos columnas de los soportales de la plaza. Allí se apretujaban porque nadie se quería perder ningún lance. Era una lucha cuerpo a cuerpo, con el toro embistiendo una y otra vez, mientras el torero intentaba lucirse y ganar la admiración del respetable, aun a riesgo de su propia vida. Si lo mataba de una sola estocada, tenía su premio; pero, si no acertaba con el acero, se le silbaba y volvía cabizbajo al burladero: No había podido triunfar con aquel novillo.

Cada día se desarrollaba un programa parecido: pasacalles de madrugada, los encierros, las vaquillas y las novilladas por la tarde; más baile por las noches, competiciones varias y juergas en las peñas. Poco dormir, mucha limonada y mucha diversión.

Pero la apoteosis era el Toro de la Vega. Solía ser un toro de los grandes, no un novillo, sino de más de cinco años y más de quinientos quilos de peso. Su encierro se corría de noche, lo que le daba un carácter especial. Todo a su alrededor resultaba ancestral y épico.

Según la historia, o leyenda, en tiempos de la Reina doña Juana I de Castilla, hubo un momento en que se hizo muy peligroso bajar a la vega: Había un toro bravo y sanguinario que atacaba a los pastores y campesinos mientras realizaban sus trabajos. Aparecía a traición y embestía indiscriminadamente a hombres, mujeres o niños. Hubo varios muertos, y el pueblo entero vivía aterrorizado.

Sabido el caso por doña Juana, ordenó a sus caballeros y lanceros: "Bajad con vuestras picas a dar muerte a ese toro de la vega". Lo hicieron y fue así, alanceado, como murió aquel peligroso animal. Se celebró una gran fiesta en la villa y un banquete, cocinando la carne del toro muerto.

Pero al año siguiente, las gentes agradecidas organizaron un torneo, no entre caballeros, sino entre un toro y los mismos paisanos armados con lanzas artesanales. A veces ganaba el toro y resultaba muerto algún hombre o herido de gravedad; pero el toro era el que terminaba cocinado para regocijo del pueblo, en memoria de aquel toro asesino. Cuando alguno de los torneantes demostraba valentía o era certero, matando al toro de una lanzada, era considerado como un héroe y recibía honores públicamente.

Desde entonces, no ha dejado de celebrarse ese torneo del Toro de la Vega. El toro no combate dentro de una plaza sino en su terreno, en una vega de varios kilómetros cuadrados como una palestra bien delimitada. Allí no existen burladeros ni talanqueras para resguardarse. Si el toro llega a salir de los límites, quedará indultado; pero su instinto de embestir prevalece al de huir, con enorme peligro para los pocos que se atreven a enfrentarse a él cuerpo a cuerpo, armado el animal con sus poderosos cuernos y el hombre con su lanza. Una ordenanza detallada regula las reglas del torneo; según sus reglas, los torneantes sólo pueden enfrentarse al toro de uno en uno, según su turno, nunca varios a la vez. Eran pocos los que podían contemplar el lance final, y se limitaban a admirar al imponente animal en la plaza o en su carrera por el empedrado y el puente hacia campo abierto.

Pedro, como muchos otros chicos, pese a las prohibiciones de sus padres, solía irse hacia la vega mucho antes de su suelta, con la esperanza de verlo pasar de cerca, subido sobre cualquier cosa que se pudiera trepar.

Cada árbol aparecía cuajado de frutos humanos en forma de chavales a horcajadas sobre ramas tan delgadas que parecía imposible que aguantaran su peso.

Cuando el toro se alejaba del punto de observación, los más valientes o inconscientes se bajaban y corrían hacia otro árbol más cercano al corro de lanceros para subirse e intentar ver algo. Era un momento muy peligroso, porque el toro podía arrancar en esa dirección sin dar tiempo de llegar al nuevo refugio o, casi peor, que el toro embistiera al que trepaba a medio camino y se cebara con él. Tampoco ayudaba oír:

- Vete de aquí chaval, que aquí no cabe nadie más o se romperá alguna rama.
- Pero ya no tengo dónde ir, y si arranca el toro p'acá, me pilla y me mata.
- Allá tú, sube si quieres, pero te vas a las ramas más altas, donde no verás nada.
- Pues subo, que la gente se mueve para acá… -valía más no ver nada que volar por los aires o recibir una cornada mortal.

La panda de Pedro, fuera por miedo o prudencia, nunca se acercaron tanto como para poner en peligro sus vidas. Pero la adrenalina, el corazón desbocado y la emoción de ver pasar el toro junto a tu árbol, con su séquito de lanceros, hacía que se arriesgaran año tras año.

El lancero que acertaba a darle muerte se convertía en el héroe de las fiestas y subía puente arriba, seguido de un río de admiradores hasta la plaza para ser aclamado.

- ¿Sabes lo de aquel Tomás de Pollos?
- Sí, todo el mundo lo cuenta, pero no sé de nadie que lo viera.
- Yo sí –aseguró uno del grupo-; bueno, un tío mío estaba en el corro y lo vio. Tuvo mucho valor y sangre fría.
- Sí, mucho. Por lo visto citó al toro desde lejos con la punta de su lanza a ras del suelo; y cuando sólo faltaban unos metros para cogerle, levantó la punta y el mismo toro se clavó la lanza.
- Sí, dijeron que le entró entre las patas delanteras y cayó redondo.
- Pero hay que tener mucho valor…

También se contaban casos en los que el toro había llevado las de ganar, corneando y destripando algún caballo no suficientemente rápido o montado por algún jinete inexperto.

La lidia del Toro de la Vega sigue siendo extremadamente peligrosa y son muchos los que se amontonan tras las talanqueras, para disfrutar de la vista fugaz del enorme morlaco en su carrera hacia la vega; pero son

muchos menos los que se arriesgan a seguirlo por el campo.

Una bomba real anuncia su suelta desde la plaza. En su camino hacia la vega, nadie puede molestarle; una segunda bomba señala el momento en que el toro ha entrado en la palestra donde puede ser lidiado; y una tercera anuncia su muerte, lejos de la masa de gente que espera para aplaudir al lancero ganador que le dio muerte.

Pese a ser el plato fuerte de las fiestas, sólo era un capítulo de un grueso programa, repleto de actividades: concursos y competiciones de todo tipo, bailes, exhibición de mantones de manila… Había para todos los gustos y edades.

En la mayoría de los pueblos de la zona no solían faltar las fiestas taurinas, con o sin toreros y sus cuadrillas. Resultaba impensable imaginar los debates posteriores entre animalistas y defensores de lo que ha venido llamándose durante décadas "nuestra fiesta nacional". Pero sobre ese asunto ya han corrido ríos de tinta despertando fanatismos encendidos. Aquí no "entraremos al trapo" de tales polémicas, respetando todas las opiniones razonadas y ciñéndonos a resumir cómo se vivían la fiestas de La Peña allá por 1.953.

A todo eso, la tinaja de limonada de la panda de Pedro iba terminándose a gran velocidad. Ya se tocaba fondo cada vez que se metía el cazo para llenar la bota. Había que poner remedio para no hacer el ridículo al final; lo malo era que, con tantos sitios donde gastar, nadie tenía ni un real para comprar más vino.

A Pedro le tocaba bajar a menudo a la bodega para llenar las jarras para la mesa. Un día pensó: "muchos se ríen y dicen que nuestra limonada es agua azucarada ensuciada con algo de vino…"; y nació una idea lógica: "a más vino, mejor la limonada; y, total, nadie lo va a notar…" De manera que, en algunos de sus viajes de la bodega a la cocina, hacía una parada junto a la tinaja y vaciaba allí algunas jarras, corriendo para rellenarlas. "Dios mío, que no se entere mi padre", rezó; pero aquella lógica le seducía: "porque, la bronca será la misma si me pescan con dos o cuatro jarras; nadie mide lo que queda en la cuba. Eso sí, tendremos que rebajarlo con agua y gaseosa". Fue luego a buscar las botellas de gaseosa, pero ahí le traicionó su mala suerte: ¡mecachis!, quedan pocas gaseosas en la caja: eso sí que lo notarán; no puedo poner más de una, pero pediré a Merlo que traiga tres o cuatro más de su casa para rebajarla; le pondré un poco más de agua y azúcar". Hubiera funcionado, de no haberse olvidado pedir traer las gaseosas; con lo cual consiguió una limonada muchísimo mejor.

- Hay que ver, lo buena que os ha salido, para ser la primera vez –comentaban algunos que la probaban; cosa que les llenaba de orgullo.
- Sí, es que la hemos mejorado mucho –decían.

Hasta que pasó lo que no tenía de pasar: Rufo, por más joven o de menor aguante, se pasó con la bota y empezó a hacer eses, perdido su sentido de la orientación.
- ¿Qué hacemos ahora? – murmuró Pedro mientras rogaba a los santos: "que nadie se entere".
- No es nada, en un par de horas ya estará como nuevo, -dijo Chucero en plan experto.

Pero no ocurrió tal. Al contrario, cada vez se sentía peor y, si tenía sed, le daban más de aquella limonada tan rica en alcohol. Le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar; mientras, le llevaban hacia el lagar, animándole a cantar para disimular:

Cando yo me muee-da…

Tengo ya diz-puezzto-to, to…

En el des-damen-do -hip-, endo

que m'han d'enderar

que me han d'enderrarr…

en una bo….-hip- de-ga…

Y no era capaz de seguir, sino que volvía a empezar, con voz cada vez más gangosa entrecortada por un hipo más frecuente y ruidoso. "Si mis padres o los suyos se enteran, me matan", temía Pedro, sintiéndose el culpable; "seguro que, tirando del hilo, se llegará al trasiego clandestino de la cuba a la tinaja…"

En su casa se bebía bastante, mucho incluso, cosa habitual entre la gente del campo donde parecían inmunes al alcohol. Su padre raramente bebía agua, pero nunca se le vio borracho; a lo sumo algo más alegre y chistoso de lo que solía ser. Por eso, porque nunca había visto borrachos en casa, no sabía cómo reaccionar.

Al final, le rodearon entre todos y le mantuvieron erguido en medio, mientras cantaban a voz en grito "la raspa" hasta llegar al lagar. Vomitó allí de forma estentórea más de lo que se diría poder caber en su estómago; y cayó dormido como un tronco segundos después. Le tumbaron sobre unos sacos y decidieron hacer turnos para vigilarle y explicar, si alguien preguntaba, que "algo debió sentarle mal", sin dar más explicaciones. Eso sí, se apresuraron a traer y añadir más gaseosa para normalizar el brebaje.

Limpiaron la vomitera lo mejor que pudieron con jabón y estropajo, sin poder evitar su inconfundible olor acre. Algo mejor lo disimularon

derramando limonada por encima, ya que el olor a limonada por el suelo era lo normal. Con suerte y si el dichoso Rufo se despertaba pronto, no se enteraría nadie...

- Tengo un hambre atroz, - fue lo primero que farfulló al despertarse.
- Ya era hora, me he perdido las vaquillas y la charlotada y me he pasado las horas muertas aquí, tratando de comprobar si respirabas o no –le riñó Pedro.
- ¿Y los otros?
- Divirtiéndose por ahí. Hemos estado vigilándote e inventando excusas por si pasaba alguien y te descubría borracho como una cuba. Creímos que te podías morir.
- Yo no estoy borracho. Sólo tengo mucho dolor de cabeza y mucha hambre y mucha sed.
- Ahora te traigo algo –Fue a darle limonada, pero se contuvo a tiempo.
- Tú de esto ni probarlo ¿entiendes?, bastantes problemas nos has causado ya; y es que no aguantas nada, niñato. Ahora te traigo agua y algo de comer.

Después de comer y beber, hizo sus necesidades en la cuadra y se sintió mucho mejor y con ganas de ir también de fiesta. En ese momento llegaba Chucero, para cubrir su turno de vigilancia, mientras Pedro se marchaba a verse con los otros pandilleros.

- Yo también quiero irme con los demás –refunfuñó Rufo.
- De eso nada, monada. Espera que vengan todos y decidamos qué hacer contigo.
- ¿Cómo que qué hacer conmigo?
- Pues no sé; nos has dado un susto de muerte. Algunos hablan de torturarte.
- Ah, pues yo me largo y no volvéis a verme el pelo.
- No tonto, que es broma. Pero estábamos preocupados por si se enteraban los mayores.
- Pero ¿de qué se tenían que enterar?
- De que has cogido una cogorza monumental y que si se llegan a enterar tus padres o los de Pedro, pues se terminaron las fiestas para todos.
- Pero si casi no he bebido nada…
- ¿Eso crees? Pues estabas borracho como una cuba y nos has tenido a todos en vilo.

Y calló Rufo, con los ojos como platos, mirando hacia la parte más sombría del oscuro lagar, mientras masticaba muy despacio, pese a su apetito, el pan con chorizo que le habían dado.

Ya en la plaza, la banda tocaba “El negro zumbón”, con enorme algarabía general; y se alejaron buscando una zona menos ruidosa para

parlamentar y decidir qué hacer con Rufo.

- Hay que echarle de la panda enseguida –opinaba uno.
- Hombre, te hubiera podido pasar a ti, porque esa limonada estaba realmente muy fuerte -contrarrestaba otro, que también había notado el exceso de alcohol.
- Es que es La Peña; y nadie de los mayores se ha enterado. Que le sirva de escarmiento para otro año –opinó otro de los más jóvenes, poniéndose en su piel.

Fue la opinión que prevaleció, porque "son las fiestas y una vez al año no hace daño"; además, si le echaban, seguro que alguien indagaría por qué. Eso sí, "que no beba más limonada, para que le sirva de lección; bueno, o solo muy poquito", decían.

Fue casi un milagro que no se enteraran los mayores. Esos días, la casa estaba casi siempre abierta, con gente entrando y saliendo y bajando a menudo a la bodega, pasando por el lagar, por done ellos tenían la limonada. Pero así fue, ¿o no? "Tarde o temprano lo averiguarán, y entonces…" pensaba Pedro; "Si se entera mi padre…", se repetía, ya casi sin ganas de divertirse.

Pero su padre también estaba de fiesta, atendiendo a la familia que había llegado de La Bañeza, de Zamora y Benavente. Además, en el fondo era mucho más transigente y comprensivo de lo que aparentaba. No, no le hubiera matado; incluso le hubiera parecido algo chusco y comprensible.

- El año que viene lo volveremos a hacer ¿verdad? –preguntó Rufo, sintiéndose culpable y acomplejado.
- Claro, además ya seremos mayores y mi padre nos volverá a dejar. Pero, ojito, que no nos vuelva a ocurrir nada parecido.
- No, no; porque todos nos vigilaremos para dar la alarma antes de que sea demasiado tarde, porque ya notábamos lo de Rufo, ya.
- Pues hecho. Empezaremos todos a ahorrar.
- Pero Pedro seguía inquieto, sin creer que nadie de los mayores hubiera bajado a la bodega y descubrir su hazaña… Sabía que su padre lo tomaría mal; no por el vino, sino por la manera de hacerlo. "Debí habérselo pedido", creía ahora.